

María Cecilia Alfaro

por Flor González

Supongo que las mujeres empezaron a marcar mi vida desde que nació. Con el tiempo, he logrado recuperar algunas de las historias que más me impactaron. Con frecuencia recuerdo a mi abuela diciéndome que si no aprendía a quemarme las manos en el comal, no me convertiría en una “mujer de verdad”, o a mi tía diciéndome que era prohibido sentarse en la esquina de la mesa del comedor, porque las mujeres que se sentaban ahí, permanecen solteras toda la vida (con voz de pánico). Con los años, empecé a filtrar aquellos relatos: algunos me sirven de ejemplos en los talleres de sexualidad, otros fueron dignos de ser trabajados con la psicóloga, guardo en un lugar especial aquellos de las mujeres que he amado y ya no están físicamente conmigo, y hay otros de mujeres especiales en mi vida, mujeres que intencionalmente me han hecho crecer y sentirme amada.

Mi punto de partida es asumir que todas las mujeres que han circulado cerca de mí me han marcado. Evidentemente el hecho de haber nacido mujer nos desarrolla una especie de radar frente al comportamiento y actitudes del resto de mujeres a mi alrededor, porque así es como una aprende socialmente lo que hay que hacer o no.

Siendo muy joven tuve la oportunidad de dirigir una organización juvenil y quiero aclarar que, en ese ámbito, la amabilidad, la coherencia y la honestidad son poco vistas, tal vez porque a menudo nos encontramos con personas u organizaciones se toman posturas tibias frente a las injusticias, o simplemente porque las injusticias ya las tenemos caladas en el alma. De cualquier forma, siempre se valora su presencia, pero me toca admitir que, en esos niveles de carencia, la ética como práctica contundente, representa casi un milagro. En este contexto tuve la oportunidad de conocer a la Ceci más querida de todas.

María Cecilia Alfaro, una mujer costarricense que construyó una amplia experiencia en procesos de apoyo a la incorporación de la perspectiva de género en la labor institucional y organizativa, así como procesos de mediación pedagógica y programas de fortalecimiento de capacidades vinculadas con desarrollo. Desde que la conocí, me impactó su ética personal y profesional, su compromiso social, la lucidez con la que buscaba la justicia, la forma en la que potenciaba su creatividad aún en momentos de crisis.

Recuerdo que la primera vez que tuve la oportunidad de estar en privado con Cecilia, platicamos con mucha soltura sobre la maternidad. En ese momento me había quedado con la sensación de que la naturalidad con la que hablamos de este tema era porque ella no sabía que yo fui compañera de clase de sus hijas mellizas -Milena y “Sara” (Gaby)-. Sin embargo, conforme pasó el tiempo y se abrió el espacio para aclarar esto, la confianza quedó intacta porque siempre lo hablamos con la claridad que era desde nuestra identidad de mujer.

En 2016 cuando ella nos comunicó de su diagnóstico de cáncer, sentí que mi cuerpo quedaba sumergido en agua helada. Honestamente, en ese momento no tuve mucha claridad sobre lo que esto significaba más allá del obvio temor que generacionalmente nos han heredado ante la idea misma del cáncer. Conforme fue pasando el tiempo, entendí de mejor manera las complejidades del caso de Cecilia, así como las implicaciones que tiene para una, trabajar en el sector oenegero sin garantías sociales mínimas,

donde la enfermedad deja de ser una condición para convertirse en un privilegio. La experiencia de Cecilia nos ayudó a aprender a muchas personas y en muchos niveles distintos, que es necesario empezar a priorizar entre las luchas, las causas, los ritmos, las relaciones, la ética y la salud. Estar de frente al proceso médico de Cecilia, nos hizo entender que como sector social nos toca pelear, también, por mejores condiciones laborales, que reconozcan que la salud es una parte fundamental de nuestra dignidad humana. En ese contexto aún es muy difícil de creer y entender, que las mismas Naciones Unidas como santuario vivo de protección de los derechos humanos, promueven la desigualdad a través de sus condiciones laborales. Es muy triste aprender en el camino que el discurso de la “sororidad” ha sido importante en algunos espacios privilegiados, pero que se convierte en privilegio para algunas a quienes les gusta ejercer “poder sobre otras”.

Aun cuando Cecilia siempre fue una mujer muy teórica, su experiencia de vida me ha dejado lecciones muy lejanas a lo académico. La experiencia fue muy fuerte y agradezco haber tenido la oportunidad de acompañar su proceso de cerca, con ella y con su familia. Sin embargo, me parece que cuando la lección de vida llega a costar la vida, debemos de tomar las lecciones con amor y agradecimiento, pero siempre con el compromiso profundo de cambiar la historia y la vida misma. Siempre admiré a Cecilia, pero la fuerza y valentía con la que vi disfrutar la vida hasta el final, sin duda alguna, es mi mayor recuerdo.

Tengo claro que el tiempo que compartí con Cecilia fue relativa y terrenalmente corto, pero tan intenso en ritmos y emociones, como ella misma. Siento que ha sido mi amiga toda la vida. Por lo que conocí de Cecilia, es fácil suponer que siempre ha sido una mujer mágica, con una energía clara de mujer sabia, maestra, como una mamá grande bañada en polvo de estrellas.

Yeimi Paola Coc

por María Mercedes Coc

18 años apenas, estudiante de administración en la Universidad de San Carlos.

La admiro porque para ella la pobreza y las dificultades no son barrera para cumplir sus metas y proyectos de vida. Una mujer muy segura, inteligente y fuerte. De dos hermanos, ella es la mayor, es el apoyo para el menor.

Su impacto en mi vida es enorme, ha sido mi motivo de lucha y hoy veo sus triunfos y es una recompensa. Es mi amiga, hija, compañera y quien me hace ver la vida de otra forma.